

VII

De este modo, aquella alma, abriéndose en su último exámen al dia escrutador de la inmortalidad, nada leía en sus más secretos pensamientos sino intencion recta y perdon. El hombre y el cristiano se hallaban sin mancilla; todo el crimen, ó más bien toda la desgracia, estaba en su situacion. Este papel, sellado por la ternura, bañado con sus lágrimas y bien pronto con su sangre, era el irrecusable testimonio que su conciencia misma llevaba ante Dios. ¿Qué pueblo no hubiese adorado á este hombre si no hubiese sido un rey? Pero ¿qué pueblo, á sangre fria, no hubiese absuelto á un rey que perdonaba y amaba tanto? Este testamento, el acto más grande de la vida de Luis XVI, porque fué el de su alma sola, juzgaba más infaliblemente su vida y su reinado que el fallo inflexible pronunciado bien pronto por hombres irritados. Descubriéndose así él mismo al porvenir, Luis acusaba involuntariamente la dureza de los tiempos que iban á condenarle al suplicio. Creía haber perdonado, y por la misma sublimidad de su dulzura se había vengado para siempre.

Aquel mismo dia vinieron sus defensores á presentarle el plan completo de su defensa. Malesherbes y el mismo rey habian suministrado los documentos de hecho, y Tronchet los argumentos de derecho. Deseze habia redactado la defensa, y la leyó. La peroracion se dirigia al alma del pueblo, y se esforzaba por conmovér á los jueces con el cuadro patético de las vicisitudes de la familia real. Este apóstrofe á la nacion hizo llorar á Malesherbes y á Tronchet, y áun el mismo rey estaba conmovido con la piedad que su defensor queria inspirar á sus enemigos; sin embargo, su altivez se avergonzó al implorar de ellos otra justicia que la de su conciencia. «Es necesario quitar esta introduccion, —dijo Luis á Deseze;— no quiero enternecer á mis acusadores.» Deseze resistió, pero la dignidad de su muerte pertenece al moribundo, y el defensor cedió, y cuando se retiró con Tronchet, y el rey se quedó solo con Malesherbes, parecia poseido de un pensamiento secreto. «Tengo un gran pesar añadido á tantos otros, —dijo á su amigo.— Deseze y Tronchet nada me deben; me dan su tiempo, su trabajo, y quizá su vida. ¿Cómo pagar este servicio? Nada tengo, y aunque les hiciese un legado, no se lo pagarían. Además, no son los bienes de fortuna los que pagan deudas de esta clase.» «Señor, —dijo Malesherbes, —su conciencia y la posteridad se encargarán de su recompensa; pero podeis desde ahora concederles una, que apreciarán más que vuestros mayores favores cuande érais feliz y poderoso.» «¿Cuál?» —preguntó el rey. «Señor, abrazadlos.» Al dia siguiente, cuando Deseze y Tronchet entraron en el cuarto del prisionero para acompañarle á la Convencion, éste, silencioso, se acercó á ellos, abrió sus brazos y los tuvo estrechados largo rato. El acusado y los defensores no se hablaron, porque los sollozos se lo impedían, pero el rey se sintió aliviado; daba todo cuanto tenia, que era un abrazo contra su corazon. Deseze y Tronchet se creyeron pagados; habian recibido cuanto ambicionaban: el salario de lágrimas de un desgraciado abandonado de todos sus súbditos, y el reconocimiento de un moribundo.

VIII

Santerre, Chambon y Chaumette vinieron algunos instantes despues á buscar al rey para conducirle por segunda vez á la Convencion con el mismo aparato de fuerzas. La Convencion le hizo esperar cerca de una hora, como á un cliente ordi-



Lanjuinais.

nario, en la antesala de sus deliberaciones. El exterior del rey era más decente, su traje ménos raído que en su primer interrogatorio, y su rostro manifestaba ménos que vivía en un calabozo. Sus amigos le habian aconsejado no se afeitase, á fin de que la crueldad de sus carceleros, escrita en su rostro, excitase á la vista la indignacion y el interes del pueblo. El rey rechazó con desden este medio teatral de conmovér en su favor, cifrando su derecho á la compasion en su alma, y no en sus vestidos. Los comisarios, á instancias suyas, consintieron en dar unas tijeras á Clery para que cortase la barba á su amo. Su fisonomía estaba tranquila y sus ojos serenos. Más á propósito para resignarse que para combatir con la suerte, la proximidad de la última desgracia engrandecia á Luis XVI.

Se paseó con una actitud de indiferencia entre sus dos defensores, en medio de los grupos de diputados curiosos que salían de la sala para mirarle. Hablaba sin calor y sin turbación con Malesherbes, y habiéndose éste servido al responderle del título de majestad, más respetuoso á medida que la fortuna era más insolente, lo comprendió Treilhard, y colocándose entre el rey y Malesherbes, dijo al antiguo ministro: «¿Quién os da la peligrosa audacia de pronunciar aquí títulos proscritos por la nación?» «El desprecio de la vida», —respondió desdeñosamente Malesherbes. Y continuó la conversacion.

Luégo que hubo hecho entrar al rey acompañado de sus defensores, la Convencion escuchó con religioso silencio el discurso de Deseze. Se veía en la actitud de la Montaña que no habia más agitacion porque ya no habia duda, teniendo los jueces la paciencia de la certidumbre, y daban una hora á aquel rey, á quien en su pensamiento ya habian quitado una vida. Deseze habló con dignidad, pero sin elocuencia; conservó la sangre fria de la razon ante el ardor de una pasión pública. Su defensa, al nivel de sus deberes de defensor, sólo en algunas frases se elevó al de las circunstancias; discutió, cuando era necesario herir, olvidando que hay otra convicción para un pueblo más que sus emociones, que la temeridad de las palabras es en ciertos casos la soberana prudencia, y que no hay en los momentos supremos más que una elocuencia desesperada que puede salvar, al mismo tiempo que se arriesga á perderlo todo.

Fué una de las fatalidades inherentes á la vida de Luis XVI no haber encontrado, para disputar y para reconvenir por su vida al pueblo, una de esas voces que elevan la piedad á la altura del infortunio y hacen resonar de siglo en siglo las caídas de los tronos, las catástrofes de los imperios y el golpe del hacha que corta las cabezas de los reyes, con palabras tan altas, tan grandes y solemnes como los mismos acontecimientos. Si un Bossuet, un Mirabeau, un Vergniaud, se hubiesen hallado en el lugar de Deseze, Luis XVI no hubiera sido defendido con más celo, más prudencia y lógica; pero su palabra, enteramente política y no judicial, hubiese resonado como una venganza sobre la cabeza de los jueces, y como un remordimiento sobre el corazón del pueblo; y si ante el tribunal no hubiese sido fallada favorablemente la causa, hubiera sido ilustrada para siempre ante la posteridad. En las causas que no son de un día, es una falta hablar al tiempo; es necesario hablar al porvenir, porque él es el verdadero juez, y esto lo olvidaron demasiado Luis XVI y sus defensores. A pesar de todo, quedó de aquella defensa una frase sublime, que reasumia en una acusacion directa toda la situacion: «¡Busco entre vosotros jueces, y sólo veo acusadores!»

IX

El rey, que habia escuchado su propia defensa con un interés que parecia más bien por su defensor que por él mismo, se levantó cuando Deseze concluyó de hablar. «Acaban de exponeros —dijo— mis medios de defensa, y yo no los renovaré. Al hablaros quizá por última vez, os declaro que mi conciencia nada me remuerde, y que mis defensores os han dicho la verdad. Jamás temí que mi conducta fuese examinada públicamente; pero mi corazón está destrozado al hallar en el acta de acusacion que se me imputa haber querido se derramase la sangre

del pueblo, y sobre todo que se me atribuyan las desgracias del 10 de Agosto. Confieso que las multiplicadas pruebas que habia dado en todos tiempos de mi amor al pueblo me parecian haberme puesto fuera del alcance de toda inculpacion, cuando me hubiese expuesto yo mismo por economizar una gota de sangre de ese pueblo.» Salió, concluidas estas palabras.

«Que se le juzgue en el acto», —pidió Bazire. «El llamamiento nominal al momento», —exclama Duhem. —Ya es tiempo de que la nación sepa si tiene razon en querer ser libre, ó si este deseo es un crimen.» «Y yo —continúa Lanjuinais— pido que nos atengamos al decreto por el que nos hemos constituido jueces de Luis XVI. Mi respuesta á la proposicion que se os hizo es que Luis XVI sea juzgado, sí, es decir, que la ley sea aplicada á su proceso, que las formas saludables y protectoras reservadas á todo ciudadano le sean concedidas como á cualquiera otro; pero que sea juzgado por la Convencion nacional, que lo sea por los conspiradores que se han declarado ellos mismos en esta tribuna los autores de la jornada del 10 de Agosto...» «¡A la Abadía!» —gritan muchos en la Montaña. «Os declarais demasiado abiertamente partidarios de la tiranía», —dice Thuriot. «Es un realista, ha hecho el proceso del 10 de Agosto», —gritan al mismo tiempo Duhem, Legendre, Billaud y Duquesnoy. «Bien pronto va á transformarnos en acusados y al rey en juez», —observa irónicamente Julien. «Yo digo —prosigue Lanjuinais— que vosotros los conspiradores declarados del 10 de Agosto seriais á la vez los enemigos, los acusadores, el jurado de acusacion, el jurado de juicio y los jueces...» «¡Hacedle callar! ¡Es la guerra civil quien habla! ¡Pido se le acuse con las pruebas en la mano!» —dice Choudieu. «Me escuchareis», —continúa Lanjuinais. «¡No, no! ¡Bajad á la barra, bajad á la barra de los acusados!» —gritan mil voces á la vez. «¡A la Abadía, á la Abadía!» —responden las tribunas. Se restablece el silencio.

«No he acriminado —dice friamente Lanjuinais— la conspiracion de 10 de Agosto; digo que hay conspiraciones santas contra la tiranía. Sé que ese Bruto cuya imagen veo, fué uno de esos ilustres y santos conspiradores; pero continúo mi razonamiento, y digo que no podeis ser jueces del hombre desarmado, de quien vosotros mismos os habeis declarado enemigos mortales y personales; no podeis ser jueces, habiendo todos ó casi todos declarado de antemano vuestra opinion, y algunos con una ferocidad escandalosa. (*Se oyen coléricos murmullos en algunos bancos*). Hay una ley natural, imprescriptible, positiva, que quiere que á todo acusado se le juzgue bajo la proteccion de su país; por consiguiente, si es verdad que nosotros no podemos permanecer jueces; si es verdad que muchos otros y yo queremos más morir que condenar á muerte, violando la justicia, al más abominable de los tiranos...» Se oye una voz: «¿Luego quereis más la salvacion del tirano que la del pueblo?» Lanjuinais busca con la vista al interruptor, como para darle gracias por la red que le tiende. «Oigo hablar de la salvacion del pueblo, —prosigue; —ésta es la feliz transicion que yo necesitaba. Se os llama á discutir ideas políticas y no ideas judiciales; he tenido, pues, razon en decir que no debíais sentaros aquí como jueces, sino como legisladores. ¿Quiere la política que la Convencion se deshonoré? ¿Quiere la política que la Convencion ceda á la borrascosa volubilidad de la opinion pública? Ciertamente que en la opinion pública no hay más que un paso del odio y del encono al amor y la piedad, y yo os digo tam-

bien: ¡pensad en la salvacion del pueblo! La salvacion del pueblo quiere que os abstengais de un juicio que producirá horrorosas calamidades para la nacion, de un juicio que servirá á vuestros enemigos en las terribles conspiraciones que trama contra vosotros.» Lanjuinais baja en medio de los murmullos.

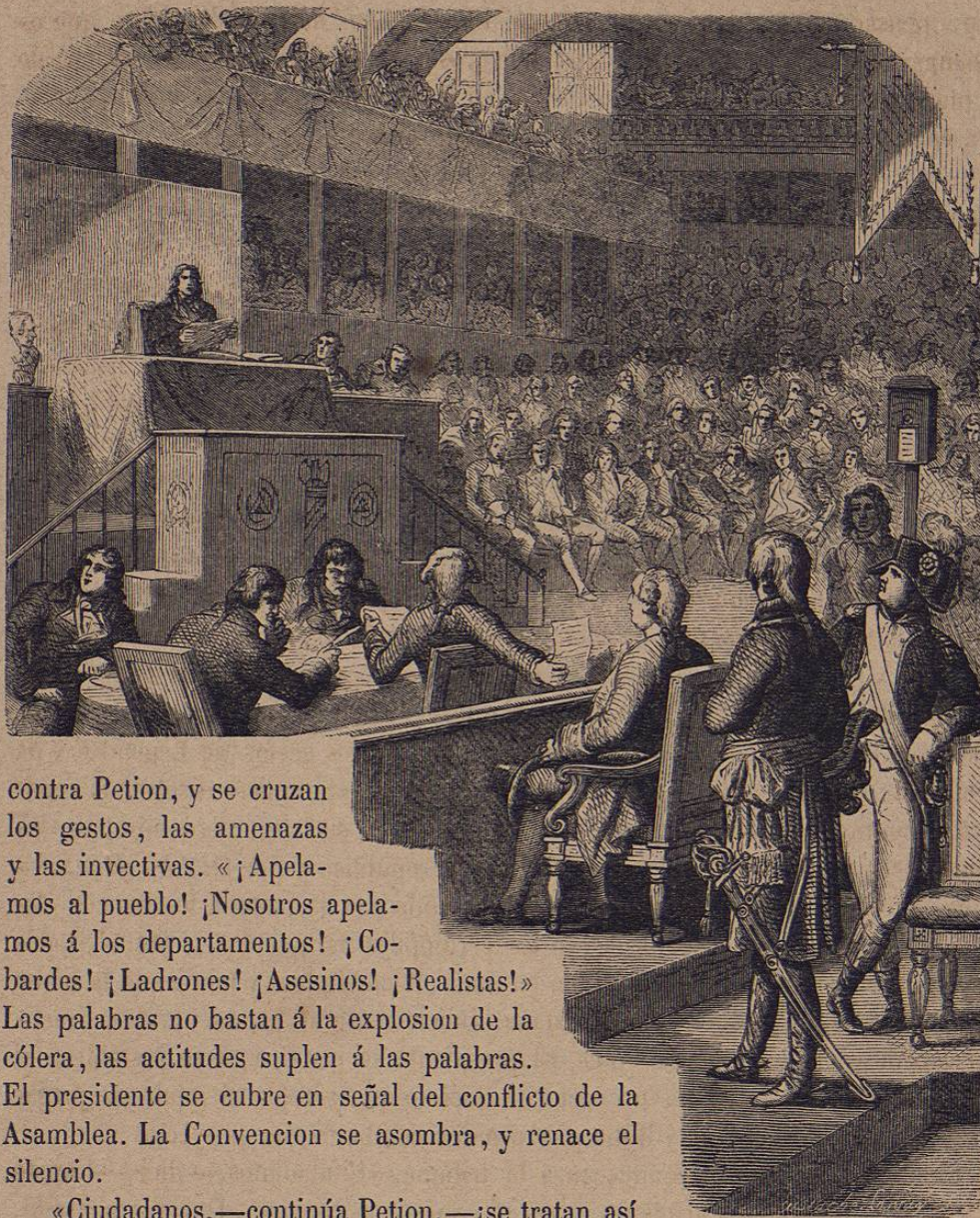
X

«Se os pregunta—responde Amar—quiénes serán los jueces. Se os dice: «Todos sois partes interesadas». Pero ¿no os dirán tambien que el pueblo frances es parte interesada, porque sobre él cayeron los golpes del tirano? ¿A quién será necesario apelar? A los planetas sin duda.» «No, á una asamblea de reyes»,—añade Legendre con una risotada que resonó en las tribunas. «Juzguemos sin levantar mano,—repite Duhem;—cuando los austriacos bombardeaban á Lille en nombre del tirano, no descansaban.» «Cesen esas declamaciones,—replica Kersaint.—Nosotros somos sus jueces, y no sus verdugos.» Algunos miembros, fatigados ó indecisos, piden se prorogue la discusion para otra sesion. El presidente lo pone á votacion, y la mayoría lo aprueba. Ochenta diputados de la Montaña pasan de sus bancos hácia la tribuna y amenazan al presidente, y Julien se apodera de aquélla en medio de los aplausos de la Montaña. «Quieren disolvernos»,—dice Julien, sostenido por las señas que le hace Robespierre con la cabeza, y por los gestos de Legendre y de Saint-Just. «Sí, pero sois vosotros»,—le grita Louvet. «Se quiere disolver la república,—continúa Julien,—atacando la Convencion en su base; pero nosotros, los amigos del pueblo, hemos jurado morir por la república y por él. (*La Montaña aplaude*). Habito las alturas,—continúa señalando con la mano á los bancos elevados del lado izquierdo;—ellas serán las Termópilas del pueblo...» «Sí, sí, todos nosotros moriremos allí»,—responden en masa, levantándose y tendiendo la mano hácia Julien, los diputados de la Montaña. Julien acusa al presidente de parcialidad y connivencia con Malesherbes. El presidente se justifica, y se restablece el orden. Quinette presenta un proyecto de decreto que arregla el modo de juzgar al rey. Camilo Desmoulins y Robespierre piden combatir este proyecto.

Couthon hace que le conduzcan á la tribuna. «Ciudadanos,—dice,—Capeto está acusado de grandes crímenes, y en mi conciencia convicto. Una vez acusado, es preciso que se le juzgue, porque es de eterna justicia que todo culpable sea condenado. ¿Por quién será juzgado? Por vosotros, porque la nacion os ha constituido en gran tribunal del Estado. No habeis podido crear jueces, pero vosotros lo sois por la suprema voluntad del pueblo.» Salles quiere hablar en el sentido de Lanjuinais, pero el tumulto ahoga su voz. «Declaro—exclama Salles—que se nos obliga á deliberar con el cuchillo á la garganta.»

Petion, rechazado tres veces por las vociferaciones de la Montaña y por los apóstrofes de Marat, que se lanza para separarle de la tribuna, consigue hacerse oír. A las primeras palabras que pronuncia, le dice Duhem: «Nosotros no queremos opiniones á lo Petion». «No tenemos necesidad de lecciones»,—añade Legendre. «¡Abajo el rey Jerónimo Petion!»—gritan aquellas mismas tribunas que cuatro meses ántes proclamaban á Petion el rey del pueblo.

Barbaroux, Serres, Rebecqui, Duperré y todos los diputados jóvenes amigos de Roland se dirigen hácia los bancos de la Montaña, de donde salen los apóstrofes



contra Petion, y se cruzan los gestos, las amenazas y las invectivas. «¡Apelamos al pueblo! ¡Nosotros apelamos á los departamentos! ¡Cobardes! ¡Ladrones! ¡Asesinos! ¡Realistas!» Las palabras no bastan á la explosion de la cólera, las actitudes suplen á las palabras. El presidente se cubre en señal del conflicto de la Asamblea. La Convencion se asombra, y renace el silencio.

«Ciudadanos,—continúa Petion,—¿se tratan así los grandes intereses de un imperio? ¿Así, por diferencias de opinion entre nosotros, nos motejamos mutuamente de enemigos de la libertad y de realistas? ¿No hemos jurado todos que no volveríamos á tener rey? ¿Quién será capaz de faltar á sus juramentos? ¿Quién querría ser rey? Nosotros no queremos.» «¡No, no. ¡Nadie! ¡Jamás!»—exclama levantándose toda la Convencion. El duque de Orleans, en medio de un grupo de diputados de la Montaña, prolonga más tiempo que sus colegas este juramento de odio al trono, y agita en el aire su sombrero para asociarse con más evidencia al entusiasmo que repudia á los reyes.

«Pero—continúa Petion—no se trata aquí ni de deliberar sobre el trono abolido, ni sobre la suerte del rey, porque Luis Capeto no lo es; se trata de deliberar sobre la suerte de un hombre. Vosotros os habeis constituido sus jueces, y es necesario que podais juzgar con plena conviccion de los hechos. Los verdaderos amigos de la libertad y de la justicia son aquellos que quieren examinar ántes de

El rey en la barra de la Convencion.
Pág. 266.

juzar. Muchos miembros desean, como Lanjuinais, que se dé cuenta del decreto en que se dijo que Luis XVI sería juzgado; otros quieren se decida de su suerte simplemente como medida política. Yo soy de la primera opinion; pero no se debe prejuzgar ninguna. Pido que la resolucion presentada por Couthon se sostenga, pero reservando la cuestion suscitada en el curso de la sesion.»

Volviendo á adquirir su sangre fria la Convencion con la atrevida y aún imponente palabra de Petion, votó la proposicion de Couthon y las reservas de aquél, que dejaban horas, eventualidades y reflexiones entre el decreto del pueblo y la vida del rey.

XI

Mientras estas agitaciones descubrian en la sala la angustia y la irresolucion de los jueces, el rey, de vuelta al cuarto de los inspectores de la Convencion, se echó en los brazos de Deseze, le cogió las manos, enjugó con su pañuelo la frente de su defensor, y calentó él mismo la camisa destinada á reemplazar la que el sudor de cinco horas de tribuna habia empapado sobre el cuerpo de Deseze. En éstos cuidados familiares, que realizaban su situacion y su rango, parecia que el rey se habia olvidado de que se trataba de su propia vida en la sala inmediata. Se oian los continuos murmullos y las voces que llegaban del recinto de la Convencion, pero sin poder distinguir las palabras ni prejuzgar los resultados de la deliberacion. La atencion con que habia sido escuchado Deseze, la tranquilidad de las fisonomías y las disposiciones más favorables de la opinion pública que se notaban desde hacia algunos dias en los teatros y lugares públicos, daban alguna esperanza á Luis XVI. La rapidez con que le llevaron aquella vez al Temple, evitando pasar por los barrios populosos, hizo creer al rey que sus amigos vigilaban. Al dia siguiente, un comisario llamado Vincent, que sólo trataba al ejercer sus funciones de buscar medios de dulcificar la suerte de los prisioneros, se encargó de llevar secretamente á la reina un ejemplar impreso de la defensa de Deseze.

Cuando el rey volvió á entrar en el Temple, viendo que nada tenia que ofrecer, se quitó el corbatin y se le dió á su abogado.

El 1.º de Enero, al despertar, Clery, con motivo de la entrada de año, le ofreció en voz baja los votos que hacia por el fin de sus desgracias. El rey los recibió con ternura, y levantó los ojos al cielo, recordando aquellos dias en que los mismos homenajes, murmurados aquel dia en voz baja por el único compañero de su calabozo, le eran tributados por todo un pueblo en las galerías de su palacio. Se levantó, rezó al parecer con más fervor que de ordinario, y suplicó á un municipal fuese á informarse de la salud de su hija que estaba enferma, y á decir á la reina y á su hermana los interceptados deseos de un prisionero. Hasta el 16 de Enero nada cambió en las costumbres diarias del rey, sino el que Mr. de Malesherbes se presentó inútilmente á la puerta de la torre. El viejo, en sus diferentes tentativas para ver al rey, iba acompañado de un jóven realista á quien una generosa atraccion hacia la desgracia arrastró desde sus primeros años, y que fué despues, en mejores dias, el ministro y consejero austero de la monarquía de los Borbones, que él queria reconciliar con la libertad. Este jóven, que se llamaba Hyde de Neuville, daba el brazo á Mr. de Malesherbes y sostenia sus trémulos pasos cuando el venerable defensor de Luis XVI iba al Temple ó á la Convencion.

El príncipe pasaba su tiempo leyendo la historia de Inglaterra, y particularmente el tomo que contenia el juicio y la muerte de Carlos I, como si tratase de consolarse hallando sobre el trono un segundo ejemplo de sus infortunios, y como si hubiese querido ejercitarse para la muerte y modelar sus últimos momentos sobre los de un rey decapitado.

XII

Durante aquellos dias, en que nada de lo que pasaba fuera penetró en la prision, los dos partidos que se disputaban la Convencion continuaron destrozándose entre sí por disputarse su vida. Saint-Just volvió á tomar la palabra el 27 de Diciembre, y refutó con axiomas breves y cortantes como el hacha la defensa pronunciada la víspera. Reasumió su discurso en estas palabras: «Si el rey es inocente, el pueblo es culpable. Habeis proclamado la ley marcial contra los tiranos del mundo, ¡y perdonaríais al vuestro! La revolucion no principia sino cuando el tirano concluye». Barbaroux habló sin concluir, y manifestó con una reticencia, tan contraria á la energía de su carácter, el primer síntoma de la fluctuacion de ánimo de los girondinos.

Lequinio contestó á Barbaroux. «Si yo pudiese—dijo—con esta mano asesinar de un solo golpe á todos los tiranos, le daria al momento.» Resonaron prolongados aplausos en la sala, y habiendo amenazado el presidente con llamar la fuerza para restablecer el órden, prorumpió en descompasadas voces toda la Asamblea. Vergniaud se quejó de aquellos tumultos que presentaban la república naciente bajo la horrorosa forma de la anarquía; pidió que el nombre de los diputados censurados se enviase á los departamentos. «Nosotros no somos la Convencion de Paris,—dijo Buzot,—sino la Convencion de Francia y de los departamentos.»

En la sesion del 17 de Enero, el ministro de Negocios extranjeros, Lebrun, comunicó notas de la corte de España. El embajador de esta potencia intercedia por la vida de Luis XVI, y prometia á ese precio alejar las tropas que España tenia reunidas en las fronteras de los Pirineos. «Léjos de nosotros toda influencia extranjera»,—respondió Thuriot. «No tratemos con los reyes, sino con los pueblos»,—añadió Chasles.—«Declaremos que en lo sucesivo ninguno de nuestros agentes tratará con ninguna testa coronada ántes que haya reconocido la república.»

La órden del dia respondió desdeñosamente á las tentativas del embajador de España.

Se continuó la discusion sobre el juicio del rey. Buzot y Brissot sostuvieron la apelacion al pueblo. Carra, aunque girondino, la combatió, y Gensonné, en un discurso directo, apostrofó largamente á Robespierre.

«Hay—decis—un partido que quiere quitar la Convencion de Paris y hacer degollar á los ciudadanos por los ciudadanos. Tranquilizaos, Robespierre. No sereis degollado, y hasta creo que no hareis degollar á nadie. La ingenuidad con que reproducis sin cesar aquella dulce invocacion, me hace temer sólo que éste no sea el más grande de vuestros sentimientos. Es demasiado cierto que el amor de la libertad tiene tambien su hipocresía y sus hipócritas; se les reconoce en el odio que tienen á las luces y á la filosofía, y en su destreza para halagar las preocupaciones y las pasiones del pueblo, y ya es tiempo de señalar esta faccion á toda la